

América Latina. La ayuda soviética a Cuba se incrementa después de la campaña angoleña. De acuerdo con estudios hechos por Edward González (4), en el periodo que va de 1960 a 1975 la URSS concede a Cuba la cifra de 7.099 millones de dólares; pero, sólo en 4 años, de 1976 a 1979 Moscú le otorga a Castro mucho más que en los 15 años anteriores, 9.632 millones de dólares.

Sin embargo, por su magnitud, distancias, erogaciones materiales, atraso económico y el vacío causado por el éxodo portugués, Angola resulta una empresa económica y militar de dimensiones exorbitantes para la magra y precaria posibilidad de la Isla de Cuba. El mantenimiento de un cuerpo expedicionario y la erosión de personal calificado que ello significa, así como la desorganización del plan quinquenal 1976-1980, afectarán la marcha económica del país, causando mayor desaliento en la población.

Muchos funcionarios, tecnócratas, organismos y dirigentes se opusieron (a sotto voce) a la política africana inaugurada en Angola. La burocracia y muchos grupos de política exterior consideran que Angola es un «error estratégico» sobre todo cuando el conflicto se alargue por la resistencia de UNITA. El proceso de institucionalización socioeconómica que se quiere imponer en el país se atasca, y con ello el aparato del partido y los sindicatos. La depresión financiera, precipitada por la caída de los precios del azúcar, se une a este cuadro doméstico y precipita la crisis política y social que desemboca en los hechos de la Embajada del Perú y el éxodo desde el puerto del Mariel, en 1980.

La acción angoleña tomó sorpresivamente a la población cubana obligando al aparato propagandístico del régimen a una campaña. Se ejercían presiones políticas, militares, laborales y de toda índole para el reclutamiento; las administraciones se vieron forzadas a colaborar con las fuerzas armadas. Muchos aceptaban enrolarse por las ventajas materiales y tener la oportunidad de adquirir artículos inexistentes en Cuba; otros para aprovechar escapar a la asfixiante atmósfera interna, como luego lo harían por el éxodo del Mariel en 1980; a su vez, la alternativa de rehabilitarse a los ojos del régimen y en múltiples ocasiones aprovechar el envío de personal como forma de solventar, a favor de ciertos intereses, las luchas por el poder, como factores que luego les amparasen en una sociedad estructurada en valores hipertrofiados.

El alto número de los que rechazaban al enrolamiento obligó al régimen a pasar por alto esta posición política, calificándolo sólo como «falta de desarrollo ideológico». Se desechará entonces el mecanismo de «voluntariedad» y en adelante se llamarán a los reser-

vistas obligatoriamente. Sin embargo, sobre los militantes del partido y militares se ejercía presión política. La participación en «labores internacionalistas» será presentada como el grado más elevado de conciencia comunista. Tal escala valorativa comenzó a ser acompañada de privilegios, como el acceso libre a productos electrodomésticos racionados, vacaciones, sueldo íntegro, méritos para optar por la militancia del partido o ascensos militares.

El sargento cubano Miguel García Enamorado, quien se pasó a las filas de UNITA, expone lo siguiente (5):

— En Cuba nos dijeron que íbamos a Angola para luchar contra los sudafricanos; luego nos dijeron que teníamos que participar en una lucha internacionalista; pero cuando arribamos aquí nos dimos cuenta de que era una guerra civil entre angoleños, y que estábamos siendo forzados a participar en ella...

El recuento de las operaciones militares no sería publicado y la mayoría de los soldados no sabía incluso donde quedaba Angola; la Dirección Política del MINFAR tuvo que imprimir a toda prisa monografías con los datos generales del país. Los medios oficiales expresaban que las bajas se debían a la despreocupación de los mandos militares y la falta de precaución de muchos soldados.

El ejército cubano logra promover su presencia en el exterior, bajo las andas del Ejército Rojo, y con ello refuerza su prestigio y posición interna, desplazando a otros grupos de poder. Los militares que participan en las campañas africanas, muchos de ellos ya tienen experiencia previa en ese continente, en función de asesores, guerrilleros o especialistas.

Desde su planeamiento e inicio, toda la campaña angoleña estará en manos de militares cubanos de escuela, llegados sobre todo de la Frunze en la URSS. Si la Operación Carlota deviene en un verdadero teatro de operaciones y de experimentación de la capacidad de mando cubano, en el orden interno la misma sirve de opción para Raúl Castro de promover al MINFAR y a su grupo, con mucha más fuerza, en los planos del poder así como reorganizar los cuadros militares, la oposición de las reformas económicas potencialmente limitantes al poder omnipotente de Castro.

La plana mayor de Castro en Angola, la comprendieron en diversos momentos, el ministro de las Fuerzas Armadas Raúl Castro,